



Hipertexto 16
Verano 2012
pp. 94-109

**“Oh yo que estoy viniendo”:
Hombre nuevo y Dios en
los textos inéditos de Orbe (1926-1931)**

Carlos Peinado Elliot
Universidad de Sevilla

[Hipertexto](#)

En *Orbe* describe Larrea la crisis espiritual que atraviesa entre los años 1926 y 1931.¹ Esta culmina con lo que entiende como desintegración de su yo individual para su reconstitución en un yo colectivo. La crisis personal es paralela (así lo interpreta el autor) a la crisis que atraviesa el mundo, de ahí que Larrea crea vivir de manera consciente el proceso de muerte y nacimiento en el que sus contemporáneos se encuentran inmersos, convulsión biológica (necesaria dentro de la evolución de la humanidad) que ha de acabar con un mundo antiguo, cuyos valores han periclitado, para fundar una nueva era.² Dentro de la cosmovisión larreana, heredera de la Naturphilosophie de Schelling (e influida por la filosofía de Eduard von Hartmann) la constante evolución de lo existente es fruto de un impulso inexorable que conduce al hombre (de manera inconsciente para él) a una nueva etapa del espíritu que se impone de un modo necesario. Al término de su crisis, interpreta el dolor del mundo como un parto que propiciará un nuevo mundo. Los términos apocalípticos culminan en la cita con la que concluye el último libro de la Biblia (“vengo pronto”, Ap 22, 20) pero desde una interpretación idealista (el devenir

¹ La redacción de *Orbe* se prolongó, al menos, hasta 1934; en el presente artículo nos centramos en el periodo de la crisis. Una exposición de esta etapa de la vida de Larrea la encontramos en Bary y en Nieto (28-33). En adelante, los textos de *Orbe* incluidos en la edición de Gimferrer aparecen con la indicación de la página en Seix Barral; para los fragmentos inéditos seguimos la copia mecanografiada por Vallejo, que se señala como M. Como es sabido, Larrea encargó a César Vallejo la transcripción de su manuscrito, del que se conocen dos copias (una en el archivo de Gerardo Diego, otra en el legado de Alejandro Finisterre). Posteriormente, Larrea siguió ampliando la obra en cuadernos manuscritos también inéditos. La transcripción de Vallejo aún no se ha publicado de forma íntegra.

² Recuerda este proceso a la crisis nietzscheana (cfr. Nietzsche 1988: 123-124): “Conozco mi suerte. Algún día irá unido a mi nombre el recuerdo de algo gigantesco, de una crisis (...), de la más profunda colisión de conciencia, de una decisión tomada, mediante un conjuro, contra todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido, santificado (...) Transvaloración de todos los valores: esta es mi fórmula para designar un acto de suprema autognosis de la humanidad, acto que en mí se ha hecho carne y genio”.

de Dios) que enlaza con el “Dios del venir” que formulará Juan Ramón en *Dios deseado y deseante*. Como Cristo llama a su Iglesia, Larrea llama proféticamente a cuantos viven en la muerte a un despertar (gnóstico –pues la vida verdadera se identifica con el conocimiento-) a un nacimiento nuevo. El símbolo de la otra orilla, así como la identificación (“a la otra orilla, vosotros seréis yo y yo vosotros”) remiten a la mística oriental, descubriendo el trasfondo monista de este pensamiento: el término “Mahaprajnaparamita” significa “gran-sabiduría-otra-orilla-alcanzada”, fin del proceso de muerte al mundo objetivo para renacer en la nueva vida (Paz 122). El nuevo yo de Larrea necesita de los otros hombres, pues son uno y todo:

Y así, pues, me ahogo, me fastidio. Tengo necesidad de ti, de ti y de ti. Por eso he escrito este libro sin que nadie se aperciba ni sepa cómo. Os necesito y por eso lo publico. Venid. Haced irrupción en la masa muerta. Los tejidos deben ceder, el velo del templo rasgarse, es hoy mi alumbramiento. Me fastidio de mi estrecha soledad. Y vosotros sufrís de mí. Soy el nuevo espíritu. Nacer para mí significa pasar a la otra orilla. Ya todos estáis congregados con la angustia de las grandes transmigraciones. Vuestro mundo está ya frío, cadavérico. Es preciso forjar las alas, ir al desierto a pasar el invierno. Es preciso trasponer la gran barrera, agotar la experiencia, llegar al conocimiento. Hasta que no sepáis, es imposible que vivamos. A la otra orilla, vosotros seréis yo y yo vosotros. Yo estoy viniendo. La misma fuerza que a mí me hace venir a esperaros, os empuja ciegamente. Tenéis que venir cueste lo que cueste. Por eso os doy gritos. Me hacen enseñaros el camino para que vengáis cuanto antes, con el menor dolor posible. (M 332-333)

Desde la concepción organicista y teleológica de Larrea, el hombre no hace sino desarrollar el fin que lleva grabado en su interior. La transformación es un hecho biológico (de ahí la imagen, que reaparece en *Orbe*, de la emigración de las aves), y por tanto instintivo e inconsciente. Pues para el ser humano este fin (que es la colectividad M93) permanece oculto (“el fin del hombre no puede ser concebido por el hombre” M105), ya que la finalidad del hombre no es el hombre mismo como la del martillo no es la del martillo. Esta concepción organicista que lleva a la configuración de un Yo plural, se encuentra presidida por una tensión evolucionista que impulsa al hombre a un continuo ascenso (M 76):

La debilidad de la unidad-individuo es perjudicial para la fuerza defensiva de la unidad-masa. (...) Quiere decirse que la salvación del individuo es contraria a la de la masa, así como la de la masa a la de otra unidad superior. O sea que la fuerza positiva del individuo no es sino la derivación de la negativa de la unidad superior. (Tal vez por esto el individuo tiene que deshacerse de sí mismo primero, de la individualidad de la Unidad-masa, etc. para llegar a una vida superior obedeciendo a fuerzas distintas. Este es el lugar de la Mística). Por eso en ciertos estados intermedios lo que en un momento se creyó positivo se convierte de pronto en negativo.

Para Larrea quien tiene su yo colocado en su mera individualidad es un neurasténico, un enfermo. El que coloca su yo en el yo de la masa es sano como individuo: padece únicamente la psicosis de la masa que le libra de la suya propia, de modo que obtiene una sensación de bienestar. La única salvación del individuo en contra de la masa es la de “colocar su yo”, es decir la de acogerse a las fuerzas

de una unidad superior haciendo suyos sus intereses. Y así sucesivamente, en un proceso de transformación y ascenso continuo. El tránsito de unidad a unidad superior no se efectúa generalmente sino a costa de las más dolorosas crisis, ya que supone un proceso místico de muerte y resurrección (se trata de las noches del alma). El yo se siente abandonado por las fuerzas que hasta ahora lo habían protegido y aún no recibe el auxilio de las fuerzas de la unidad superior. Se mueve entonces en un lugar desconocido del que no se puede retroceder y solo vislumbra un pequeño “agujero de escape”. No tiene más alternativa que morir o pasar por él.

El proceso seguido por el hombre es, de este modo, un ascenso por una escala hacia grados de organización y complejidad superiores.³ En este proceso, como se ve en el texto anterior, cumple la neurosis una función destacada, aunque ambigua y no siempre clara en el conjunto de la obra. Parte Larrea de la definición de neurosis de Pierre Janet (“troubles ou des arrêts dans l’évolution des fonctions” M 85), es decir detención en esa aptitud cerebral (del ser vivo que se transforma continuamente) para adaptarse a las circunstancias siempre nuevas de la vida. En principio, parecería un freno a la evolución de la humanidad: la consciencia del yo como un todo independiente es el efecto de una neurosis (M 85); en la sociedad, el catolicismo reúne todos los caracteres de la psicosis, con su detención en la evolución de las funciones (así sus ritos serían un acompañamiento de la neurosis, M 81).⁴

Pero al mismo tiempo, la neurosis cumple una función relevante en la evolución de la persona y la sociedad: no sólo hace posible el propio conocimiento del funcionamiento humano, sino que son “necesarias para el desenvolvimiento del hombre como individuo y como especie” (M 86), pues representa la fuerza motriz sin la que el movimiento sería imposible, al crear falsas imágenes que hacen que el hombre cambie de posición, persiguiendo irrealidades. La masa vive una neurosis colectiva, de modo que quien se encuentra adaptado a esta neurosis es considerado sano, mientras que aquellos que se encuentran asfixiados por la tendencia conservadora –tendencia de muerte- de la masa son expulsados y viven una neurosis personal que puede producir un progreso en la humanidad. Empleando nuevamente una imagen biologicista (extraída de *Más allá del principio del placer*, Freud 2530), compara la expulsión de estos inadaptados con la expulsión del soma, pues son el principio creador que se contrapone (en la metafísica de polaridades de Larrea) al principio de muerte. Pero estos arrojados, “imaginativos e insumisos”, representan la necesidad evolucionadora de la especie, “las células generadoras que en sí llevan en potencia el nuevo individuo” (M 279) y se encaminan a la ruptura del obstáculo (la disgregación del yo) que las separa de la tierra prometida (el yo de la especie).

³ En un fragmento fechado el 29 de septiembre de 1931 (M 302-303), traza Larrea una escala desde los elementos inferiores (calor-mineral-agua), hasta los seres superiores (hombre I, hombre II, ángel I, ángel II, Dios).

⁴ El análisis de la religión como neurosis es un claro ejemplo de la crítica nietzscheana y freudiana de la religión en la que se inserta Larrea. Cfr. *Más allá del bien y del mal* (Nietzsche 1972: 74) y *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*. Por otra parte, siempre en Larrea encontramos esta equivalencia entre el estado del yo y el de la colectividad.

En este doloroso proceso de ascenso se produce una batalla que enfrenta los diversos “yos colectivos” (el del medio, el de la nación, el de la casta, el de la iglesia) con el de la especie; pero Larrea presiente el fin de esta lucha, ya que ha experimentado la culminación del proceso evolutivo según el cual en cada época el destino humano (respondiendo a las ideas y al estado histórico de cada momento) se ha encarnado: “Hoy, el místico, obedeciendo a otras realidades históricas, corresponde a un nuevo tipo de hombre, resultante de la identificación a que tienden los yos colectivos con el yo de la especie, rompiendo de una vez el desacuerdo milenar. A la unidad del mundo” (M 249). De hecho, los yos colectivos de los pueblos tienden en la actualidad a la fusión, “a la creación de un ser colectivo mucho más complejo, compuesto por las aportaciones de cada raza y cada pueblo, a la unidad del yo humano, desapareciendo las fronteras particulares”. El que marca el destino, por encima de estos “yos” nacionales es el yo de la especie. La visión larreana se descubre fuertemente biologicista, pues toda diversidad social viene a confluir (de una forma orgánica) en el yo de la especie, al que se somete. Igualmente el “ente psíquico” humano ha de identificarse con el ente “telúrico” para poder gozar de una vida no efímera (M 145) pues forma parte del destino de la tierra.

El hombre es un “evolucionador” constante hacia un yo más perfecto y, mediante un desengaño continuo, va subiendo planos superiores que lo obligan a empezar dentro de un nuevo paraje con una nueva crisis hasta llegar a una conciencia “sobrehumana”. El desengaño lo lleva a tomar conciencia de su ser relativo, pues su fin no está en sí mismo y él mismo no es dueño de sus acciones, sino instrumento ciego manejado por una voluntad inconsciente:

Actualmente ya no se engañará si al ser arrastrado a la acción por la esperanza de acierto admite su ignorancia, su esencia anti-absoluta y transitoria, su modo de ser de peldaño intermedio en el que nada ni nadie puede detenerse. Este es el estado al que hoy aspira la salud psíquica, la cual implica la posesión en ignorancia de su inconsciente considerándolo no como ajeno a sí mismo y enemigo suyo sino como parte integrante de su yo, su irremediable aliado, del mismo modo que considera suyos todos los movimientos involuntarios de su vida vegetativa contra la que normalmente no se le ocurre atentar. Porque el yo individual empieza a estar capacitado para adquirir, encerrándolos dentro de su radio, el destino, la conciencia y la sensación de presencia del yo colectivo, identificándose con él. Cuando esta identificación se haga general llegando a la unidad de todos los yos colectivos que habitan la tierra, es posible que el hombre llegue al final de su destino, el destino telúrico que hoy le utiliza, y que como individuo se cristalice y tienda a la desaparición, mientras el yo se retira a un nuevo planeta donde sea llamado a realizar nuevas y más elevadas experiencias, instrumento de un nuevo destino. Probablemente a Venus porque los planetas deben de ir en espiral alejándose del sol, que de tiempo en tiempo se desprende de una nueva masa de escoria planetaria, rompiendo momentáneamente el equilibrio de su sistema. Y así sucesivamente el yo irá viajando de planeta en planeta hasta que el sol por sus intermitentes pérdidas y su combustión constante deje de alumbrar y de ser y se confunda a través de una transmutación con otro sistema. (M 254)

Como evolucionador constante, el hombre no tiene esencia pues es un simple peldaño hacia un estado superior, de ahí que afirme Larrea que tiene una esencia “anti-absoluta y transitoria”. Esta maleabilidad o incluso inexistencia de la naturaleza humana es propia de la denominada religión secular (Negro 2009: 251). Tras la etapa de despersonalización, estado místico necesario, puede pasar a la “suprapersonalización” (M 82), en la que se identifica con el yo de la especie. Es imprescindible atravesar la noche oscura de la crisis para llegar a un nuevo nacimiento. Pero para que se produzca el nacimiento de un nuevo yo más amplio, los círculos anteriores han de ponerse de acuerdo, pues el proceso es una evolución orgánica (M 180) hasta la constitución de un “hombre nuevo” que es un yo superior que incluye los anteriores (M 287):

Dentro de mí hubo un yo inconsciente, el yo niño, que poco a poco fue tomando consciencia. Hubo un yo consciente ligado a las circunstancias inmediatas, el yo carnal por llamarle así. Hubo y Hay todavía un yo intermedio entre el yo carnal y el yo espiritual, el yo profético que apetece engrandecerse como los anteriores, que por este apetito tiene miedo de no llegar a ser como los grandes profetas y comienza a Haber y HABRA un yo superior, que no solo estará en posesión de sí mismo sino que reinará sobre los otros yos; una luz sin sombra, en la que todos quedarán embebidos y poseídos.

Este yo final es totalizante y totalizador, un yo colectivo único en el que se reúnen todos los hombres y que va recibir diferentes nombres a lo largo de la obra: “hombre nuevo”, “futuro hombre” (M 79), “yo superior”, “yo ultravioleta” (M 374), el otro hombre que va a venir, el “hombre superconsciente” (aquel que conoce la relatividad de cada caso particular, teniendo por absoluto sólo el destino de la humanidad, del cosmos, M 176), “super-yo” (M 219), “super-in-consciente”. Este nuevo yo sintetiza los anteriores, consiguiendo la armonía de los opuestos hasta ese momento en guerra (conciencia-inconsciencia), vive estados de semi-alucinación en los que descubre el sentido de las cosas y puede prever el futuro.⁵ Larrea espera que el hombre nuevo realice la revolución total de la consciencia humana, devolviendo el espiritualismo al mundo; para ello ha de deshacer la religión actual e imponer una nueva;⁶ para la religión secular, las religiones tradicionales son el principal rival (especialmente el cristianismo) porque las considera el mal que oprime al hombre (al imponer una moral y unas ideas que reprimen sus instintos naturales) y porque las religiones tradicionales sostienen la existencia de una naturaleza humana universal. El hombre, cambiante y relativo, puede seguir siendo creado; sus sentidos, por ejemplo, pueden crearse más poderosos (M 85) hasta llegar a formar un “ser superior” en el que confluyen los caminos del mundo (M 248).

⁵ Encontramos en Huidobro (1996: 132) el estado de clarividencia, la superconsciencia (1996: 133) de la que surge la poesía, estado al que llama también delirio poético (1996: 134), en el que las “facultades intelectuales adquieren una intensidad vibratoria superior, una longitud de onda, una calidad de onda, infinitamente más poderosa que de ordinario”. En el estado de superconsciencia la razón y la imaginación se unen, convergiendo “todo nuestro mecanismo intelectual hacia un deseo sobrehumano, hacia un impulso conquistador de infinito” (1996: 134).

⁶ Muchos europeos pensaron que la Gran Guerra había de crear una nueva religión o, al menos, una nueva fase evolutiva de la religión (Scheler 2007: 51).

El propio Larrea experimenta este “ser superior” en sí mismo hasta el punto de tener que vencer la tentación de “creerse un Mesías” –Larrea 1990: 28. Al término de su viaje a Perú se ha cumplido el ciclo de muerte y nacimiento que ha engendrado un “hombre nuevo” conquistado por su yo (Larrea 1986: 239).

El hombre nuevo larreano se emparenta con el superhombre de Nietzsche en la destrucción de la moral. El sentido de la “no responsabilidad” es un distintivo del hombre nuevo (M 259), para el que no existe la moral, pues “el bien y el mal, ideas históricas caen ruidosamente desinfladas y a su lado el cielo y el infierno, el premio y el castigo”.⁷ Nietzsche niega el principio de responsabilidad (ya que el hombre no es responsable de nada, ni de su ser, ni de sus motivos, ni de sus actos –Nietzsche 2001: 68) al negar el libre albedrío (libertad negada igualmente en *Orbe*). Al igual que en el sistema de Hartmann (en el que los hombres son dirigidos por una fuerza ciega inconsciente que rige toda la evolución y la historia, de modo que es posible la adivinación), Nietzsche declara en el fragmento “Junto a la cascada” de *Humano, demasiado humano* la inexistencia del libre albedrío: todo es necesidad, así que todo puede calcularse matemáticamente (Nietzsche 2001: 94). En esta misma línea se inserta la visión de Larrea.

Si mediante la doctrina de la irresponsabilidad nietzscheana el superhombre se cura de la enfermedad de la interioridad creada por la mala conciencia (Senra 2004: 246), el hombre nuevo se libera del peso muerto de la moral, que lo amenaza con la pena del castigo eterno (infierno), o le ofrece el premio del paraíso. El superyo, como lo denomina en otros pasajes de *Orbe* Larrea, se ha liberado también del temor a la muerte, mas no mediante la creencia en una vida futura o inmortalidad del alma (pues está convencido de que la inmortalidad no existe –esta idea es repugnante para él-) sino gracias a su incorporación a un yo colectivo (M 219):

La conquista del super-yo hace innecesaria la inmortalidad. Esta simple y pura verdad bastará para hacer admisible y soportable la idea de la muerte (...). El dolor está llamado a desaparecer, y el cumplimiento del destino de conjunto no será tan duro que nos evite gozar de los goces ordenados de la vida, tanto más cuanto que seremos llevados por esas fuerzas soberanas que sabrán, con un cambio en las condiciones de vida, proporcionarnos tranquilidad y alegría. Bienestar, conocimiento, alegría, optimismo, salud en una palabra, en vez de los terribles fantasmas cerebrales -verdadero infierno- de otros tiempos. ¡Y quién sabe cuántas cosas maravillosas!

Si la base de la cosmovisión de Larrea es idealista (Schelling), fuertemente influida por von Hartmann (en la noción de una Voluntad inconsciente que gobierna, como Destino, la realidad), al contrario de esta filosofía se muestra fuertemente optimista, vinculándose a las ideologías de progreso imperantes en su época, así

⁷ Recuerda aquí *El crepúsculo de los ídolos* (“Los cuatro grandes errores”, Nietzsche 1973: 68-70): dondequiera que se busquen responsabilidades suele ser el instinto de querer castigar y juzgar el que impera.

como a la filosofía nietzscheana.⁸ El porvenir “utópico” que se perfila se asocia a los progresos de la ciencia y la técnica (eliminación del dolor, bienestar, salud, conocimiento). De entre ellos, el valor primordial es la salud, “la única verdad” hacia la que tiende toda su vida (“Conflicto”, texto fechado el 7 de julio de 1931, M 220).

Coincide nuevamente Larrea con Nietzsche, quien en *El gay saber* (Nietzsche 1986: 285-286) esboza como ideal admirable “La gran salud”, un “medio nuevo” para los hombres nuevos, “ideal de un bienestar y benevolencia humanamente sobrehumano, que con frecuencia aparecerá como *inhumano*” (Nietzsche 1986: 286), conseguido después de dejar atrás los viejos valores (la moral heredada es la enfermedad). La salud no es un don del cielo, sino la tarea de cada hombre (Ruiz Callejón 2004: 290). Tanto en Larrea (asediado en esta época por diversas enfermedades) como en Nietzsche, la búsqueda de la salud tiene un trasfondo fundamental de carácter biográfico. La escritura de *Orbe* se configura como un instrumento para la recuperación de la salud (Pliego 2004: 119), como un método terapéutico mediante el cual puede encontrar nuevamente el equilibrio “bio-ideológico” (Pliego 2004: 120).

El hombre nuevo ha de desembarazarse de todas las herencias que oprimen su evolución y reprimen la fuerza instintiva que apunta al futuro. Estas ideologías (que, como en Nietzsche, le desposeen de sus fuentes vitales reprimiendo sus tendencias naturales -Sánchez-Meca 2001: 520) han sido necesarias, pero ya no constituyen más que un freno para el advenimiento del hombre colectivo. Hallamos aquí la raíz romántica rousseauiana del pensamiento de Larrea, que se muestra con claridad al desarrollar la doctrina freudiana del placer (fruto de la represión): el medio (los otros hombres) deforma, a través de la voluntad de imposición, al niño, de manera tal que si a un individuo limpio de tara hereditaria se le situara en un medio propicio (“y sin contagio con la ideología de otros hombres”) no existiría el placer y viviría en perfecto acuerdo con el exterior.⁹

El cambio que opera la llegada del hombre nuevo es una auténtica transformación biológica del psiquismo, un nuevo metabolismo que lo diferencia de los “falsos nuevos hombres” (M 260). No se trata, por consiguiente, de una transformación meramente social o histórica, de un progreso material en el medio, sino de un cambio en el ser “biológico” del ser humano. El hombre es una etapa hacia un estado superior, igual que el “súper-hombre” nietzscheano implica la superación del hombre (pues “el hombre es un puente y no una meta”, “camino

⁸ Como afirma Max Scheler (2007: 46) sólo Nietzsche y Bergson se atrevieron, ante el poder impulsivo, demoníaco que es fundamento del mundo, no a deplorarlo de un modo pesimista, a sufrirlo resignadamente o a huirlo ascéticamente como Schopenhauer, “sino a afirmarlo, a regocijarse y a exigir del hombre que se lance enteramente a ese poder, de cabeza, como a una rápida corriente”. Pero para ello se tenía que alterar de un modo fundamental el sistema de valores, negando por principio toda moral cristiana, como igualmente toda moral humanitaria.

⁹ La creencia en que la naturaleza humana es producto del medio, creación de las circunstancias, origina la convicción de que esta naturaleza es moldeable, a condición de propiciar la transformación del medio (Negro 2009: 235).

hacia nuevas auroras”, y por tanto ha de ser superado – Nietzsche 1998: 307). El evolucionismo¹⁰ impregna toda la cultura de final del XIX y principio del XX, llegando al organicismo de Bergson, para quien la alegría (y no el placer) es la señal precisa que advierte al hombre que ha alcanzado su destino, que la vida ha triunfado (Bergson 1982: 33). Bergson no postula claramente una superación del hombre, que es la cima de la evolución, aunque en *La evolución creadora* aparece el término de “superhombre” (Bergson, 1985: 236) y en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, obra de 1932, habla de almas privilegiadas que han propiciado “la creación de una especie nueva compuesta de un individuo único”, señalando un cierto punto alcanzado por la evolución de la vida (Bergson 1977: 144-145). El final despliega en estos grandes hombres su origen, el principio mismo de la vida (como sucede siempre en el organicismo): “Por más que estén en el punto culminante de la evolución, están lo más próximos a los orígenes y nos hacen visible el impulso que proviene del fondo” (Bergson 1982: 35). Para él, igualmente, la evolución desemboca en la vida social, como si cierta aspiración de la vida sólo pudiera encontrar su plena satisfacción en la sociedad, pero, al contrario que en Larrea, el individuo no queda anulado en ninguna entidad superior, si bien el hombre es, como en Larrea, “unidad múltiple y multiplicidad una” (Bergson 1985: 229). Pero la concepción monista es semejante en ambos, ya que la vida se muestra como una corriente que se subdivide en individuos (que no son sino arroyuelos entre los que se reparte el gran río de la vida -Bergson 1985: 238) y, tanto en uno como en otro se observa el optimismo fruto de la confianza en el impulso vital que derriba cuantas barreras tratan de frenar su evolución y progreso (Bergson 1985: 239).

Larrea prevé un parto en la naturaleza (emplea los términos “ente telúrico”, “ente terráqueo” –como sinónimo de “ente colectivo”-, “destino telúrico”¹¹), un nuevo salto en la evolución que engendra al hombre nuevo y, con él (tras destruir la religión cristiana), una religión nueva (“Creencia”, M13): “Otro hombre va a encarnar las nuevas ideas, otro hombre va a venir, yo lo siento, que va a hacer la revolución total de la consciencia humana, que va a deshacer esta burguesía espiritual en que las almas se encuentran, que devuelva el espiritualismo al mundo”. Frente a las viejas generaciones conservadoras, el nuevo espíritu de lo joven irrumpe triunfal, ya que se trata de una mutación, como se expresa en el lenguaje biologicista de Larrea: “Hoy las células que han de formar la futura entidad colectiva se agrupan en torno a una nueva comprensión de la existencia” (M 150). La transformación (como es propio de todo organicismo) no es un hecho individual sino social, una evolución de la humanidad que, al mismo tiempo que origina un Hombre Nuevo, conduce a una Nueva Era. Un cambio y otro se encuentran fuertemente interrelacionados, pues la creación de un medio mejor organizado hace que cada hombre ocupe “necesariamente” su puesto, “el puesto que su constitución le reclama” de manera automática (M 239). El organicismo, según vemos, ahoga por completo la libertad individual (porque el individuo carece de existencia real).

¹⁰ Huidobro aplica (1996: 92-94) la selección natural y la ley de adaptación al medio al arte.

¹¹ En un fragmento fechado el 24 de octubre de 1931 afirma que “el futuro no pertenece al hombre sino al cosmos” (M 317).

Este proceso es evolutivo, fruto de la tierra (tierra y humanidad llegan a emplearse como sinónimos, M 127), y atraviesa por distintas etapas (en la actual estaría abandonando la infancia). La Nueva Era es el destino de la humanidad, coincide con la identificación “del yo colectivo con el yo de la especie en que se apoya el yo terráqueo” (M 185) y comienza con la caída de la Iglesia. En este proceso evolutivo, en el que el hombre no es más que un medio para la consecución del Hombre Nuevo (ante cuyo altar pueden sacrificarse las vidas de los individuos), cualquier hecho sucedido queda justificado al ser necesario para ello, en una concepción de la historia hegeliana (cercana, igualmente, a la de Eduard von Hartmann):

Y cabe preguntarme si no llevo en mí un destino semejante al destino del hombre, si esta crisis mía no es del todo semejante a la crisis que ha atravesado el mundo, a la quirurgia inconsciente de la gran guerra, que ha venido a cortar un nudo formado en el inconsciente colectivo que el nuevo estado de cosas creado por la revolución francesa hacía de otro modo indisoluble. Nótese que después del romanticismo, al mismo tiempo que la ciencia, el consciente de la materia, iba adquiriendo de día en día un desarrollo cada vez más pronunciado el espíritu de los hombres se había estancado en una fácil comodidad y no tenía salida hacia adelante. Había un equilibrio de fuerzas dentro del más grande desequilibrio, estado que la marcha hacia delante de la humanidad tenía que resolver, ya que el estancamiento de nuestra civilización era imposible. El destino nos urge, nos llama a toda prisa, no podemos llegar tarde, como se llama al dolor, a la sangre, cuando el parto llega. La guerra ha sido el alumbramiento del nuevo espíritu, del nuevo hombre para el que ha sido preciso que Europa se desgarrase y que millones de células hayan dejado de existir. ¿Qué le importa al Hombre la vida de los hombres? Es preciso llegar a tiempo cueste lo que cueste, es preciso que el nuevo ser que herede transmutadas las energías del hombre, el ser concebido ciegamente en las entrañas venga a su tiempo a la vida. El parto fue difícil, el estado de la parturienta delicado, la educación del recién nacido inapropiada, pero siempre el joven tiene razón contra el viejo. Una nueva era con una nueva concepción del tiempo y con una nueva fuerza espiritual empieza. (M 210-211)

El comienzo de una nueva era (era del Espíritu) adquiere connotaciones apocalípticas que vinculan el pensamiento de Larrea con el joaquinismo (autor en el que profundizará posteriormente), llegando a calificar este momento histórico como el fin de los tiempos (M 222). Aunque en el camino hacia este Nuevo Mundo haya crisis y conflictos (la Gran Guerra), tendentes a desbloquear situaciones periclitadas o sin salida, el proceso es fundamentalmente evolutivo pues pretende la armonía final de todos los países (“el conjunto del mundo es de conjunto, armónico” -M 239)¹² y persigue la unidad de la humanidad, “cuando la mayor parte de los hombres tengan la sensación del yo colectivo” (M 240). Sólo cuando las naciones hayan comprendido y legislado su interdependencia encontrarán un equilibrio pacífico, llegando así “la época del ser, la época de la paz gozosa, de la salud equilibrada” que no evitará retrocesos y depresiones (M 331). En la preferencia por la evolución frente a la revolución (rechaza tanto el modelo ruso como el estadounidense) sigue

¹² Este texto inédito, fechado el 30 de junio de 1931 se titula, de manera significativa, “Profecía”.

Larrea la herencia del institucionismo, presente igualmente en Unamuno¹³. Según Cerezo Galán (2003: 455) el objetivo institucionista de lograr un “hombre nuevo” debió de pasar a Unamuno, quien postula el paso de la humanidad a la sobre-humanidad, para lo que es necesaria la renovación de todos los hombres (Cerezo 2003: 456). Este cambio se produciría no mediante una ruptura violenta del orden existente sino mediante “un esquema evolutivo de inspiración biológica, de la crisis interna de toda civilización”; esta, víctima de su misma riqueza y pesadumbre, da a luz al hombre nuevo (Cerezo 2003: 456). En el presente estado de descomposición social se está engendrando una forma más integradora.¹⁴

Esta etapa futura viene preludiada por la crisis presente, en la que cada individuo busca su propio beneficio y lucha contra los otros, al igual que las naciones se separan buscando una salida propia al desplome internacional:

Las ansias ciegas de evasión hace siglos que no se sienten en el mundo como hoy, porque hace siglos que el yo universal permanece en el mismo peldaño. Pero estas ansias de evasión no son sino el síntoma de la crisis dolorosa que el ser atraviesa y del nuevo yo que se está apuntando. (...)

Hoy todo en el mundo se encuentra en parecido estado. La política nacional y la internacional, las entidades nacionales, sociales, religiosas, económicas, aparecen en desbandada influyendo unas sobre otras despiadadamente. Roto está el equilibrio mecánico. En vano una voz aconseja calma. Cada individuo tira para sí y al mismo tiempo contra sí, porque su esfuerzo nacional se vuelve enemigo económico o religioso o viceversa y ya no sabe dónde colocar su esfuerzo. Y es que la unidad se acerca, la unidad humana tantos siglos anhelada, pre-existente y operante pero inimaginable. La pluralidad empieza a morir. Las naciones se buscan en la organización visceral de un cuerpo. Las razas tienden a la fusión, los dioses a identificarse en uno. Sólo en esa unidad será posible la verdadera articulación del individuo con la colectividad y las diversas colectividades entre sí. El tiempo y el espacio barreras entre los pueblos, antaño infranqueables, se reducen a su mínima expresión. El mismo sol es el que alumbra cada día a todas las naciones.

Milagro de la vida orgánica a que nuestra época con espanto misterioso contribuye.

¡Oh! ¡Yo que estoy viniendo con pujanza! (M 314-315).¹⁵

Observamos en el texto anterior nuevamente la concepción de la historia en Larrea: los actos de los individuos y de los pueblos (guiados, en este caso, por el egoísmo, que los lleva a la evasión, el ensimismamiento o la violencia) colaboran inconscientemente al progreso de la humanidad, de modo que incluso la acción

¹³ Cfr. “¿Revolución o reforma?” en Cerezo Galán 2003: 244-254.

¹⁴ Sobre el organicismo de Unamuno, aspecto en el que coincide con Larrea, cfr. La Rubia Prado.

¹⁵ Texto fechado el 22 de octubre de 1931.

despiadada tiene su sentido final (obrar la unidad de todo). La preexistencia de esta unidad nos remite de nuevo al organicismo¹⁶, pues en el origen ya está el fin (como en la semilla el árbol), llevando a cabo su plan sin descanso. Esta preexistencia y acción continua sacraliza la idea de unidad, que articula lo existente en un cuerpo.

En el periodo final de la crisis que experimenta Larrea, y en consonancia con el presentimiento de la llegada de la realidad última, empieza a adquirir relevancia el Libro del Apocalipsis (fundamental en el pensamiento posterior de este autor) y, de un modo singular, el mito de “La Ciudad de Dios”. Esta se interpreta desde el dogma evolutivo que funda la cosmovisión de Larrea: en la escala ascendente del ser cada paso supone un análisis parcial del estado anterior hacia una síntesis o armonía estable cada vez más compleja. La Ciudad de Dios es “la ulterior organización unitaria, fuera de la cual han de quedar los monstruos y las vidas efímeras, los productos de inestabilidad, los eliminadores” (M 353).

En el advenimiento de este Mundo Nuevo desempeñará un papel fundamental la Ciencia. En esta concepción de la ciencia confluye una experiencia del propio autor: en marzo de 1931, estando ya en Perú, se le diagnostica una úlcera duodenal, siendo operado el 31 de marzo (Bary 1976: 91-92)¹⁷. Larrea, que creía en la existencia de los milagros, y había asistido en persona a uno en Lourdes (Bary 1976: 32-33), interpreta ahora la ciencia como la fuente contemporánea y democrática (en tanto que igualitaria) de milagros. Las antiguas energías (que obraban aquellos) se han empleado en el campo del conocimiento y su aplicación, dando lugar a descubrimientos como la electricidad, los rayos X o las intervenciones quirúrgicas, dominando las fuerzas que operan en el inconsciente de la tierra, de modo que la ciencia cumple la función de los sacramentos, “que únicamente aprovechan a aquél que se encuentra en ciertas condiciones psíquicas, en cierta comunicación con el ansia de perfección del mundo” (M 208). De este modo, a través de la operación (el “milagro científico”) el ser colectivo interviene para expulsar (en un acto ritual) del individuo preparado espiritualmente el cuerpo impuro (Larrea 1990: 52-53)¹⁸. Y, efectivamente, Larrea afronta su operación como momento crítico en su proceso de resurrección, en el que se encuentra con las fuerzas de la naturaleza que lo van a hacer nacer nuevamente (M 208-209):

Veo cómo mi naturaleza en su ansia de milagro, en la espera de la curación total y sobrehumana ha fracasado. Lo único que consiguió fue una mejoría, un armisticio de casi un año. Pero el destino era más fuerte que las ideas y modos de ser adquiridos. Fue derrotada el ansia del milagro por la verdad actual, es decir por el modo de ser de la naturaleza de acuerdo con la corriente del mundo en esta hora, y después de la crisis, como la crisis del

¹⁶ El lenguaje es fuertemente organicista: “organización visceral de un cuerpo”.

¹⁷ Larrea narra este episodio en la carta a Gerardo Diego fechada el 17 de mayo de 1931 (Larrea 1986: 237).

¹⁸ La ciencia es un componente fundamental en la religión secular, cfr. Negro (2009: 288): “su logos no es exactamente el logos pagano, sino más bien el logos científico-técnico, capaz de suscitar lo que alguien ha llamado la “religión de los milagros técnicos”. La religión secular difícilmente podría prosperar sin la tecnociencia”.

mundo en que todos los antiguos supervivientes se reúnen y presentan batalla, ha sido derrotada para entrar de lleno a la nueva época, a la nueva verdad. Y en esto mi destino se parece al destino del mundo, por eso tengo la sensación de que vivo consciente la misma hora que vive el inconsciente humano. Por eso la intervención quirúrgica que harán en mí mañana se presenta a mi espíritu con todo el acompañamiento maravilloso de precisión de convergencia hacia un determinado punto, de los antiguos milagros. Porque mi operación como toda operación feliz o no es un verdadero milagro, pero que hoy ya no llamamos así, como es lógico, porque utilizamos a voluntad el hierro, el éter, la asepsia, el conocimiento del cuerpo humano, que es en lo que se han descompuesto aquellas misteriosas fuerzas antiguas sobrenaturales que operaban la curación inconsciente e instantánea. Todo es como en un parto, en el que se sienten presentes las fuerzas de la naturaleza más que en otro momento, porque a aquel punto concurren con más visibilidad que a otro cualquiera instante de la existencia, sin que por esto éste sea menos maravilloso. Así lo presentía yo cuando escribía a madame L [ipchitz]: Vous et moi nous savons, madame, que la merveille est en circulation constante dans le monde et que seulement quand on voit la blessure et le sang les gens appellent au miracle.

En su operación se simboliza el cambio de la fe antigua (los restos de la “antigua ideología del mundo”) por la fe nueva, la nueva verdad en la que la ciencia ocupa un lugar central. De este modo en su vida experimenta el cambio que está sucediendo de modo inconsciente en el resto de la humanidad, al igual que vive la hora crítica del mundo. Pues Larrea ve en la ciencia el instrumento para la extensión del progreso a toda humanidad (ese milagro igualitario y democrático) y, así, para la consecución de un porvenir utópico en el que, tras la eliminación de las ideas de placer y dolor (fruto de la represión) se consiga un bienestar medio y todos los hombres puedan gozar por igual de los logros de la razón (M 240). Determinados avances como la anestesia (M 243) eliminan la muerte dolorosa (y, con ella, el temor a la muerte); en algún fragmento, contradiciendo sus declaraciones contra la creencia en la inmortalidad y la eternidad, vaticina la formación de un “tercer tiempo científico que, acordando los otros dos, construya la nueva unidad de un solo tiempo humano (¿y con él la inmortalidad?)” (M 348). Larrea (1990: 48) observa el comienzo de una nueva armonía en la coincidencia del encierro místico del yo en las artes con la intensa exterioridad del progreso científico (unión en este caso no tanto hegeliana cuanto pitagórica, ya que los términos coexisten armónicamente en un mismo periodo).

Junto a la Ciencia (canalizadora de las fuerzas telúricas hacia lo consciente) la Imaginación, definida como potencia equivalente a la idea de Dios, es la fuerza “super-cons-inconsciente” (M 357), creadora “en plena salud y alegría” (M 357). Esta potencia es suprapersonal, pues se le atribuyen los rasgos y las acciones del Espíritu Santo en la tradición cristiana, de la Sabiduría de los libros sapienciales. Al mismo tiempo, esta fuerza que se encuentra en el interior del hombre, que es Dios en el hombre, opera su transmutación en Yo colectivo. Así, al identificarse consigo “se identificará con Dios automáticamente” (M 360). Se cierra de este modo, mediante la imaginación,¹⁹ el entramado organicista que se despliega en la obra: la

¹⁹ Sobre la imaginación orgánica en Coleridge (cfr. Abrams 1975: 297-314).

imaginación es la potencia armonizadora, que va obrando la unidad. En el proceso evolutivo en el que se avanza en la formación de unidades organizadas cada vez más complejas, el hombre puede crear estas unidades sólo con imaginarlas: “Cuando el hombre sea capaz de imaginar otra unidad plural más compleja, esa unidad hallará existencia, bien en la tierra, bien en otra parte” (M 354). Este “apocalipsis por la imaginación” (Abrams 1992: 338-350), es decir, la posibilidad de renovar la tierra y crear un nuevo mundo a través de la imaginación redentora, vuelve a enlazar a Larrea con el Romanticismo y el Idealismo. La confluencia de evolucionismo, organicismo, científicismo, biologicismo e imaginación se produce ya en la generación finisecular (tanto en Unamuno como en Juan Ramón),²⁰ que transmite la herencia romántica a las generaciones posteriores. En *Orbe* se observa cómo la imaginación no es una facultad confinada al arte, sino por el contrario, el principio fundamental de la vida, como es propio de la vanguardia (Wentzlaff-Eggebert, 1999: 10-11).

El Hombre Nuevo fruto de una Nueva Era es el mito o idea fuerza de la religión secular (Negro, 2009: 12), de ahí que el Yo colectivo “que está viniendo” se una e identifique (al igual que en *Dios deseado y deseante*) con una nueva idea de Dios. El difícil ascenso de la humanidad peldaño a peldaño en pos del yo colectivo va formando un “Dios colectivo de hoy” (M 246) cambiante, en devenir o ascenso. El yo individual ha muerto para renacer Yo total que armoniza en sí lo contradictorio y es Dios (Yahveh): “Soy mezcla de voluntad y de instrumento, otra cosa distinta, una nueva etapa. Porque soy lo que sé y lo que no sé. Soy el pasado y el futuro. Soy yo y todos, por fuera y por dentro, animado e inanimado, consciente e inconsciente. Soy el Padre y soy el Hijo. Por fin estoy viniendo” (M 301). Identificado con el “ente telúrico”, el poeta es alfa y omega, punto germinal en cuyo inicio se encuentra la totalidad de lo existente y devenir constante hacia la plenitud final. Esta concepción de un Dios en devenir se remonta, nuevamente, a la filosofía de Schelling y remite a la línea idealista (que confluye en von Hartmann). En la tradición hispana importantes intelectuales influidos por Hegel (como Castelar o Pi y Margall) habían sostenido la evolución de la Naturaleza a Dios (Abellán 1984: 578) o la identificación panteísta entre Hombre y Dios.²¹

En *Del sentimiento trágico de la vida* expone Unamuno estas teorías sobre un Dios inconsciente que no sería el principio, sino el fin del Universo (1986: 225) y esta concepción colectiva del yo (ese “vasto yo”, Unamuno 1986: 197; nadie puede decir “Yo soy” sino “Nosotros somos” pues es “la especie la que piensa y ama en nosotros”, Unamuno 1986: 231-232) que no puede ser libre mientras haya algo esclavo en el mundo²², hasta el punto de que la persona no será sino una de las células conscientes del cuerpo de Dios (Unamuno 1986: 232). Recuerda la creencia

²⁰ Richard Cardwell (1991: 98) ha estudiado el discurso “científico-evolucionista, determinista, biológico, químico, orgánico, aun médico” y su vinculación con el religioso y teológico, en la generación finisecular y en el pensamiento krausista.

²¹ Recuérdese, igualmente, la teoría creacionista de Huidobro del Hombre-Dios en arte (Huidobro 1996: 88).

²² Cfr. Unamuno 1986: 198 y M 332.

en la consecución a través del progreso de un hombre colectivo, esbozando ideas muy próximas a las expuestas por Larrea (Unamuno 1986: 234-235): “Y no falta quien crea que el progreso humano todo conspira a hacer de nuestra especie un ser colectivo con verdadera conciencia -¿no es acaso un organismo humano individual, una especie de federación de células?”

Como comprobamos, el lenguaje bíblico pasa en *Orbe* a aplicarse al nuevo Dios. Así, tras describir alegóricamente el templo de Jerusalén concluye con la deificación del yo colectivo, armonizador de lo humano, cuya emergencia se ha presenciado a lo largo de la crisis: “Dentro del Arca no hay nada sino la super-con-inconsciencia, la identidad” (M 362). En su propio interior, en el que Larrea ha presenciado la armonía de lo consciente y lo inconsciente descubre la divinidad; más aún, esta conciencia es la divinidad: “Yo es sinónimo de Dios, según la antigua concepción” (M 374). El hombre posee esta huella de lo divino en su interior (como el Sí-Mismo jungiano) y a ella debe convertirse, volver.

Encontramos nuevamente un pensamiento monista que descubre lo exterior como una parte de sí mismo, como acción que sucede en su propio interior o etapa de circulación del propio yo. Este pensamiento monista se enraíza en el idealismo y en el proceso de autoconocimiento de un Yo que gracias a su exteriorización se comprende. Así puede concluir hegelianamente Larrea: “He aquí el mecanismo de la trinidad teológica” (M 373). Pero en esta trinidad hegeliana cada paso no es más que un momento en la auto-constitución del sujeto absoluto, o bien una etapa en el proceso de absorción de la sustancia en el sujeto (Greshake 2001: 176). Llegamos, pues, a la configuración de una nueva religión marcada por la inmanencia (cuyos rasgos coinciden con los propios de la “religión secular” que ha señalado Dalmacio Negro): una concepción de Dios inmanente que se identifica con un Hombre Nuevo colectivo (fruto de la desintegración del yo personal) en una Nueva Era dominada por la síntesis de Ciencia e Imaginación y originada por la evolución biológica de la tierra.

Obras Citadas

Abellán, J.L. *Historia crítica del pensamiento español (IV)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1984. Impreso.

Abrams, M. H. *El espejo y la lámpara*. Barcelona: Barral Editores, 1975. Impreso.

---. *El Romanticismo: Tradición y Revolución*. Madrid: Visor, 1992. Impreso.

Bary, David. *Poesía y transformación*. Barcelona: Editorial Planeta, 1976. Impreso.

Bergson, Henri. *Memoria y vida*. Madrid: Alianza Editorial, 1977. Impreso.

---. *La energía espiritual*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982. Impreso.

---. *La evolución creadora*. Madrid: Espasa-Calpe, 1985. Impreso.

- Cardwell, R.A. "La 'genealogía' del modernismo juanramoniano". *Juan Ramón Jiménez. Poesía total y obra en marcha*. Ed. Cristóbal Cuevas García. Barcelona: Anthropos, 1991. Impreso.
- Cerezo Galán, Pedro. *El mal del siglo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003. Impreso.
- Freud, Sigmund. *Obras completas*. Vol. 3. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1981. Impreso.
- Greshake, Gisbert. *El Dios uno y trino*. Barcelona: Herder, 2001. Impreso.
- Huidobro, Vicente. *Poesía y Poética*. Madrid: Alianza Editorial, 1996. Impreso.
- Larrea, Juan. *Cartas a Gerardo Diego*. San Sebastián: Cuadernos Universitarios, 1986. Impreso.
- . *Orbe*. Barcelona: Seix Barral, 1990. Impreso.
- La Rubia Prado, Francisco. *Alegorías de la voluntad*. Madrid: Libertarias-Prodhufi, 1996. Impreso.
- López González de Orduña, Helena. *Vanguardia y exilio. Sus representaciones en el ensayo de Juan Larrea*, (tesis doctoral), Universidad de A Coruña, 2001. Texto electrónico: <http://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/5585>.
- Negro, Dalmacio. *El mito del hombre nuevo*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2009. Impreso.
- Nieto, Miguel. "Introducción". *Juan Larrea. Versión Celeste*. Madrid: Cátedra, 1989. Impreso.
- Nietzsche, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza Editorial, 1972. Impreso.
- . *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza Editorial, 1973. Impreso.
- . *El gay saber*. Madrid: Espasa-Calpe, 1986. Impreso.
- . *Ecce homo*. Madrid: Alianza, 1988. Impreso.
- . *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 1998. Impreso.
- . *Humano, demasiado humano I*. Madrid: Akal, 2001. Impreso.
- Paz, Octavio. *El arco y la lira*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1972. Impreso.

- Pliego Aparicio, José Benito de. *La obra ensayística de Juan Larrea y los fundamentos de la modernidad artística*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2004. Impreso.
- Ruiz Callejón, Encarnación. *Nietzsche y la filosofía práctica. La moral aristocrática como búsqueda de la salud*. Granada: Universidad de Granada, 2004. Impreso.
- Sánchez Meca, Diego. "Nietzsche o el sueño de la gran salud". *Paideia: Revista de filosofía y didáctica filosófica* 22. 58(2001): 505-522. Impreso.
- Scheler, Max. *De lo eterno en el hombre*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2007. Impreso.
- Senra Ribeiro, Flávio Augusto. *Culpa y responsabilidad en Nietzsche* (tesis). Madrid: Universidad Complutense, 2004. Impreso.
- Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. Impreso.
- Wentzlaff-Eggebert, Harald. "Literatura y artes, arte y vida". *Naciendo el hombre nuevo*. Ed. Harald Wentzlaff-Eggebert. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 1999. 9-16. Impreso.